

MARIANA COLOMER, VIVIRÉIS, Madrid, Huerga y Fierro, 2025, 86 pp.

JOSÉ MARÍA BALCELLS
Universidad de León

Explicaba Gerardo Diego que no habría de limitar el calificativo de poesía religiosa a aquella que se circunscribe a contenidos inequívocamente religiosos, sino que podía admitirse también como poesía religiosa a la que ofrece una nítida dimensión espiritual, aunque no contenga asuntos vinculados a la religión, sea cual sea esta. A su vez, Dámaso Alonso llegó a decir que toda poesía era religiosa, si es auténtica, porque en el fondo de ella alienta Dios. Pero esos tan extraordinarios poetas del 27 tal vez hubieran dicho también, de haber conocido la poesía de Ana María Roig, que firma sus libros como Mariana Colomer, que los poemas de esta autora barcelonesa serían enteramente religiosos, pues la espiritualidad implicada en sus versos se transmite al lector a través de temas cristianos propiamente dichos, ajustándose al credo católico todas y cada una de sus entregas líricas.

Esta constatación no me cabe la menor duda de que sitúa a Mariana Colomer en el radio de unos márgenes bien estrechos dentro del amplio espectro temático

de la poesía española actual. Esto es así hasta el punto de que la veta literaria que ha elegido la convierte en una poeta que propone y se centra en una opción alternativa a las pautas temáticas dominantes, líneas de creación donde el asunto religioso inequívoco, si bien sigue dando aportaciones, son marginales por el carácter que tienen los textos que pivotan en torno a este asunto, textos que merecen más que muchos otros el dictamen de concebidos a contracorriente.

Esa indesligable vinculación temática de Mariana Colomer no resulta a mi juicio monótona cuando se plasma en diferentes composiciones integradas en libros, ni tampoco cansina ni enfadosa, como más de uno pudiera augurar o concluir sin fundamento. Y remarco que no lo resulta porque el universo católico abarca muchas posibilidades para la inspiración lírica en virtud de los numerosos asuntos y aspectos susceptibles de ser abordados, así como en virtud de los diferentes sentimientos y situaciones que pueden expresarse al convertirlos en poema. La prueba

de que este vínculo poético exclusivo de la escritora catalana no obsta para una lectura que suscite interés, la tenemos en el logro de una trayectoria lírica reconocida e integrada tanto por unos libros en los que los motivos inspiradores son muy variados, pero siempre en el espacio temático del universo católico, como otros que pudiéramos considerar monográficos porque giran en torno a un asunto sacro específico. Son ejemplo de este segundo supuesto sendas entregas poéticas de carácter mariano, las tituladas *Auroras* y *Maestra*, aparecidas respectivamente en los años 2019 y 2023. Fueron publicadas ambas por el sello editorial madrileño Huerga y Fierro, donde se han ido editando sus obras desde la de 2008 *El Libro de la Suavidad*, al que siguieron en 2012 *Salir de mí* y en 2016 *La indigente*, y donde ha visto la luz en 2025 *Viviréis*.

Este título ya remarca un afianzamiento en la búsqueda de la esencialidad mediante, entre otras estrategias, la de la mera, pero significativa, reducción numérica de palabras. Lo evidenciamos cuando se comprueba que en el libro primero, *Crónicas de altanería*, aparecido en 1999, la titulación consistía en tres vocablos, alcanzando cinco las dos obras siguientes, *La Gracia y el Deseo*, publicada en 2003, y la ya referida *El Libro de la Suavidad*. El caso es que a partir de este libro se acorta, en un proceso que se va manteniendo hasta el presente sin alteración, el número de palabras en las titulaciones, pues *Salir de mí* y *La indigente* constan de tres y de dos, mientras desde entonces cada título se cifra en una sola, como acreditan las últimas cuatro entregas, es decir *Auroras*, *Profetizarás*, *Maestra* y *Viviréis*.

La portada del libro se ilustra con la reproducción de un cuadro del artista inglés del XIX Philip Richard Morris titulado «María Magdalena en la tumba de Jesús», un lienzo inspirado en un asunto bien acorde con el propio título de la obra, *Viviréis*, título en el que se selecciona una sola palabra, aunque indiscutiblemente clave, procedente del vaticinio «Yo vivo y también vosotros viviréis», profecía extraída del Evangelio de san Juan, 14, 19, y que preside, anticipa y concentra el mensaje y sentido místico de la parte primera de esta nueva creación de Mariana Colomer.

Viviréis comprende un par de amplias secciones, a las que se les antepuso los títulos de «En tu cuerpo y tu sangre, la esperanza» y «El agua que brota del costado del Hijo». La primera contiene 33 textos sin título en los que destaca el asunto eucarístico. Una buena porción de ellos son de extensión reducida, pero ninguno está sujeto a normas métricas prefijadas. En la segunda, donde es muy relevante la inspiración en el santoral católico relativo a la Ciudad Condal, las composiciones son igualmente 33, se dilatan más que las precedentes, y como ellas no se formulan de acuerdo con preceptiva alguna, sino que progresan de modo discrecional, un proceder creativo acostumbrado en la rítmica de Mariana Colomer. Muy singular es la tan atípica práctica de que todos los textos lleven siempre una titulación entre paréntesis, la cual en distintas ocasiones es la misma, por ejemplo «(La voz profética)», repetida siete veces; «(La Señora, en su alada Montaña)», que se repite ocho; «(La Iglesia pequeña)», donde las repeticiones suman seis. Una manera de repetir que se diferencia de las antecitadas ocurre con «(Las Voces del cielo)», porque en es-

tos casos, y a modo de subtítulo, se especifica a quienes corresponde esa voz celeste, que en dos supuestos no está individualizada, sino que es de índole coral.

Detengámonos ahora en reparar en la antedicha coincidencia de las dos partes en la suma exacta del número de poemas de que constan. Porque entiendo que no puede ser aleatorio ni casual que la cifra sea la misma, la de 33, guarismo que condice con el de la edad que la tradición cristiana atribuye a Jesucristo al término de su vida terrena. Por tanto, la vertiente cuantitativa de *Viviréis* se atiene a ese simbolismo que contribuye a anudar ambas partes, y que se ha dado en otras creaciones poéticas de signo católico, a la cabeza de las cuales procede recordar que la *Divina Comedia* de Dante está dividida en tres partes, constando cada una de 33 cantos, alcanzando el total de cien si se suma el que funciona como prólogo. En la poesía española del siglo XX también se hallan cómputos simbólicos semejantes, como lo prueba una obra de Gerardo Diego elaborada en 1924. Me refiero a *Viacrucis*, integrada por 33 décimas.

La corroboración de que las dos secciones están ligadas entre sí también cabe deducirla del poema que se inicia con el verso «Aunque el aire de todos los desiertos», porque en sus tres líneas finales leemos «Del abierto costado del Señor sacaréis / el Agua necesaria / para llegar con alegría al sábado» (30). Y después del día mencionado estamos en domingo, cuando los fieles suelen juntarse en la iglesia para comulgar, atestiguando el más extraordinario y fundamental de los milagros, el eucarístico.

Bien es cierto que no todos los poemas de la primera sección abordan el asunto de la Eucaristía, aunque en la mayor parte de ellos lo eucarístico está en el trasfondo de la fe cristiana que se va ostensibilizando. Hay algunos textos que no plantean dicho asunto, sino que son muy interesantes porque aluden a la escritura misma que nutre *Viviréis*, a la que hace referencia la hablante sintiéndose bien humilde al crearla, agradeciéndosela a Dios. Acontece así en el poema «Y cuando la palabra baje hasta ti». Asimismo, en el que comienza diciendo «Quien le ofrenda los versos a su ídolo» (29) se menciona implícitamente al libro *Viviréis* como colmado de Espíritu divinal, porque sus palabras no pretenden hechizantes y engañosas nombradías, en alusión probable a los ídolos mundanos que persiguen tantas otras plumas como pueblan la institución literaria. En el texto «Me llevarás de Tu mano a la casa» la voz poética se imagina y sitúa donde ya no cantará sus alabanzas como lo ha hecho siempre, sino desde otra dimensión. No habrá ya de escribir más libro alguno, porque, como se concluye en el verso postrero, dirigiéndose a Dios mismo, «Tu presencia amorosa será el único Libro».

La referencia directa al milagro eucarístico se plasma en un manojo de textos que en su mayoría están situados dentro de la secuencia culminante de la primera parte. Son los que cito: «Tu alegría depende», «Es domingo, y en este bullicio de la calle», «¿Escucháis este júbilo de alas que se aproximan», «¿Qué dedos invisibles arrebatan al Cielo,» y «No escuchaba el latido,». En esas composiciones se alude a las sustancias que se transforman en el Pan y el Vino místicos en el altar. En la última de las citadas se incrustan dos versos

que han sugerido a la poeta el título de la sección. Los reproduzco: «Mi Esperanza se halla en la ofrenda perpetua / y nueva de su Cuerpo y de su Sangre.».

Otra cita del Evangelio de san Juan, ahora extraída de 4, 13-14, figura al frente de la sección segunda, y la reproduzco: «... el que beba del Agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el Agua que yo le daré se convertirá en él en un manantial que brota para la vida eterna.». Como anticipé más arriba, en esta parte descuellan los textos que fueron inspirados por el santoral femenino relativo a Barcelona, entre los que nombro las advocaciones marianas de la Virgen de la Mercé y de la Virgen del Remei, así como textos dedicados a Santa Madrona, Santa Eulalia y Santa Isabel de Hungría, las dos primeras patronas de la Ciudad Condal junto a la Virgen de la Mercé. Otras composiciones las inspiraron fieles excepcionales a los que la Iglesia Católica les ha distinguido con títulos específicos, así el de Beato, que se otorgó a Francisco Palau, y el de Venerable, otorgado al arquitecto Antoni Gaudí por el Papa Francisco en fecha tan reciente como abril de 2025. Ciertos poemas sobresalen por estar contextualizados en montañas barcelonesas muy señaladas por sus vínculos cristianos, así la del Tibidabo, que inspira el primero de los textos de la segunda parte, titulado «(El Corazón del Hijo)» y la de Sant Vicens dels Horts, paraje vinculado a la Virgen de los Remedios, y que ha inspirado los que llevan el título de «(La Señora, en su alada Montaña)». Otros se contextualizaron en varios templos católicos, nombrándose expresamente las basílicas de Santa María del Pí, de Nuestra Señora de la Merced y de San

Miguel Arcángel, y la iglesia de San Miguel del Puerto. Excepcional es la referencia a una hornacina dedicada a San Roque en una de las torres de la antigua muralla de Barcelona, y que encontramos en uno de los textos titulados «(La voz profética)».

Finalmente, enfatizaré la gran originalidad que revisten las composiciones que figuran bajo el título de «(Las Voces del Cielo)», pues Mariana Colomer se ha valido en ellas de un recurso literario de gran prestigio en la poesía española contemporánea, donde lo han utilizado poetas tan señosos como, entre otros, Luis Cernuda, Jaime Gil de Biedma o Antonio Colinas. Me refiero al monólogo dramático en primera persona del singular, recurso en el que la poeta ha introducido una variable desacostumbrada en la praxis de un procedimiento que, por mantenernos dentro de las coordenadas semánticas de este libro, suele ser empleado en versos «profanos». La variante consiste en que la voz se corresponde en dos poemas con la primera persona del plural por ser corales, así en los que llevan los subtítulos de «Coro del beguinato de Santa Margarita: Inés, Brígida, Tomasa, Margarita, Eulalia...», texto inspirado en el asunto del movimiento religioso femenino medieval de las beguinas; y «Coro de los penitentes de Vallcarca», título alusivo a los ermitaños decimonónicos que dirigió el fraile carmelita leridano Francesc Palau, fundador de la Orden de las Carmelitas Misioneras Descalzas. Declarado Beato, la autora le ha dado la palabra en el espacio textual de una de las composiciones tituladas «(Las Voces del Cielo)».